

DOLORES PROMESAS

Toda historia tiene segunda parte...

La conversación con Pepa me ha dejado descolocada. Iba a ser una quedada tranquila para ponernos al día pero la conversación ha derivado hacia el tema de siempre.

Desde que vino de Nueva York nos propusimos vernos al menos una vez por semana y recuperar así todo el tiempo que habíamos pasado separadas. Parece que fue ayer cuando la dejé en la puerta de embarque cargada de maletas e ilusiones. No solté ni una lágrima en el aeropuerto, pero nada más despegar su avión comencé a llorar desconsoladamente y no paré durante varios días mientras intentaba convencerme de que volvería pronto. Pero no fue así.

Pepa se enamoró, echó raíces, se casó y fui dama de honor de su boda. Como era de esperar, volví comida por los celos porque su marido era perfecto. Pasaron dos años, que me parecieron una eternidad, hasta que me llamó para decir que regresaba a Madrid. Se había separado, estaba destrozada y volvía a casa. Pero no lo hizo sola y con ella vino Gloria, una belleza de ojos grandes que se parece mucho a su padre, ese tipo del que prefiero no hablar porque no era tan perfecto como yo pensaba.

Gloria me tiene loca. Es una preciosidad y me quiere con locura. Cuando me llama tita me derrito. Le encanta dibujar y lo hace de maravilla. No para de hacerme retratos que empezaron invadiendo mi nevera, luego mi casa y ahora mi despacho. Algunos son un poco raros y a través de los ojos de Gloria me veo deconstruida, como a medio hacer. ¿Será que me ve insatisfecha o incompleta? Da igual, son sus dibujos y los adoro. Como la adoro a ella. Le he hecho tantos vestidos que no caben en el armario.

Pepa me riñe cada vez que aparezco con uno nuevo pero sé que en el fondo se alegra de nos queramos tanto. Gloria me hace plantearme la maternidad más de lo que yo quisiera pero no era de eso de lo que quería hablar hoy con Pepa.

Yo quería contarle que he conocido a alguien especial, que me gusta, que me hace tilín y que me manda mensajes muy cariñosos que me hacen sonreír. Pero, una vez más, hemos terminado hablando de mi madre. Pepa no entiende la relación que tengo con ella. Pepa no entiende que no tenga relación con ella.

No estoy enfadada, no podría enfadarme con Pepa aunque quisiera. Es mi mejor amiga, mi soporte vital. Es como esa hermana que nunca tuve y siempre quise tener. Me consuela en los momentos de bajón pero me pone las pilas cuando me ve como vaca sin cencerro.

Insiste en que llame a mi madre pero me fastidia que me lo diga porque yo sé que tengo qué hacerlo. Es algo que me cuesta horrores y siempre estoy buscando el momento adecuado. Un momento que nunca llega. Quizá por miedo a otra decepción.

Cuando Dolores Promesas iba a cumplir el décimo aniversario me empeñé en abrir una tienda en París. Todos me dijeron que era una locura. Tan solo Guillermo, mi novio de entonces, me apoyó y me ayudó, con su dinero, su tiempo y sus amistades. ¡Aunque luego me dejó por una de ellas! Yo sabía que era un riesgo grande, un riesgo profesional y personal que estaba dispuesta a asumir por una razón sencilla: mi madre estaba en París y la tienda era la excusa perfecta para acercarme a su mundo y conocerla más. Resultó fatal.

Una vez instalada en allí quedamos en vernos. Me sorprendió que no me invitara a su casa y me citara en un bullicioso café. Yo estaba impaciente, quería hacer muchas preguntas y quería tener muchas respuestas pero... fue imposible.

Ella me regaló su historia, sus continuos viajes por el mundo, su vida nómada, su día a día sin ataduras. Yo le regalé una camisa con un estampado de aves que parecían volar en libertad. Un prototipo que diseñé pensando en ella que nunca se llegó a comercializar pero que siempre guardé esperando el momento oportuno para dárselo. Estuve un año yendo y viniendo de París a Madrid pero no volvimos a vernos.

Al final la aventura empresarial, igual que la familiar, no tuvo el éxito que esperaba y tuve que cerrar y volver a Madrid con el corazón envuelto en penas. París sirvió para reafirmar la idea que tenía de mi madre. Ella es y será libre, libre en toda la expresión de la palabra. Yo respeto sus decisiones pero a veces la gente que me rodea me presiona porque no entiende que solo estemos unidas por un débil lazo sentimental.

Ha pasado mucho tiempo desde entonces. He disfrutado de mis aciertos y he aprendido de mis errores. Tanto en el trabajo como en el amor, ya que Guillermo fue otro de mis fracasos. Creo que los novios me han durado siempre lo que duran las colecciones: una temporada.

Sé que vivo entregada a mi firma, a mis amigos, a mi Tula y a mi Trini. Y sé muy bien lo que quiero: quiero a alguien que me quiera como soy, con mis dolores y mis promesas. Pepa dice que tengo que cambiar de actitud, con los hombres y con mi madre. Pepa siempre lleva razón. Pepa a veces me saca de quicio. ¡Como hoy!

Mi amigo Matías en cambio me entiende mejor. No me juzga, me quiere como soy y no necesita una pareja estable para ser feliz. En eso nos parecemos bastante. Su última conquista hizo las maletas de la noche a la mañana alegando que Matías es "demasiado independiente". Pero, ¿por qué hay gente que no valora la independencia? Ser independiente es tener tu propio trabajo, tus propios amigos, tu derecho a estar sola en algunos momentos... No me refiero a ser un pendón desorejado, es algo mucho más espiritual. Es una actitud ante la vida. Yo soy una mujer muy independiente y, aunque me cueste reconocerlo, en esto me parezco a mi madre.

Me noto un poco transcendental, la verdad. Llevo así varios días y creo que es por el aniversario. En Dolores Promesas celebramos un nuevo aniversario y hemos querido hacer algunos cambios. Ya que mi vida parece haberse quedado detenida en el tiempo he pensado en renovar todo lo que me rodea, empezando por la marca.

Los aniversarios siempre me ponen nostálgica y especialmente este. Mi ayudante me ha concertado varias entrevistas y he tenido que refrescar mi memoria para recordar algunas fechas. Cada vez que me preguntan por mis inicios hago un viaje en el tiempo que termina por pellizcarme en el corazón. Soy consciente de todo lo que he conseguido, de los sueños que he logrado hacer realidad, de los obstáculos que he saltado y de lo que he cambiado.

A veces me pregunto qué queda de aquella niñata que dejó su casa para ir a Madrid con una flor en el pelo y una mochila llena de ilusiones. Unos días pienso que sigo siendo la misma; y otros, en cambio, me miro en el espejo y me cuesta reconocermelo.

En todo este tiempo la firma ha crecido y yo he madurado, personal y profesionalmente. He tenido, por suerte, más aciertos que errores y cuento con el maravilloso apoyo de mis clientas y amigas que, temporada tras temporada, me demuestran su lealtad y pasión. Pasión por Dolores Promesas, ese otro yo que ha logrado llegar muy alto y cuenta, además, con el reconocimiento del sector. Ahora, frente al espejo, veo a la mujer. Cada arruga es un capítulo de vida: un amor, un desamor, un cambio de casa, muchas horas de trabajo, una familia desestructurada...

Pero todo puede cambiar de la noche a la mañana. Basta con creerlo así para que ocurra.

¡O al menos eso quiero pensar!

Hoy tengo que ir a la radio. Bruno llamó anoche para recordármelo. Bruno es mi ayudante, lleva poco tiempo trabajando conmigo pero se ha convertido en alguien imprescindible tanto en el taller como en casa, porque es el quien se encarga de Tula, Trini y las plantas cuando yo estoy de viaje. Miro el móvil y tengo un cariñoso mensaje de mi chico. Le contesto con un escueto "Te echo de menos" y añado muchos corazones. Me contesta con el emoticono del beso y me gusta. ¡Parecemos adolescentes! Tardo en vestirme porque dudo entre un vestido y una camisa con pantalón. Opto por la segunda opción y me coloco una flor en el pelo. Es un guiño a mi propia historia pero también es mi amuleto de la suerte.

Hoy, y esto lo acabo de decidir, va a ser un gran día. Con este chute de energía positiva me lanzo a la calle. La emisora no queda lejos de casa y aprovecho para pasear por el barrio y de paso echar un ojo a la tienda de la calle Desengaño, la primera que abrí. Me detengo en el escaparate y todo está en orden. Miro a través del cristal y veo a mis chicas atendiendo con una sonrisa a las clientas. La mía, mi sonrisa, crece tanto que veo mi cara deformada en el reflejo del cristal.

Nada más llegar al estudio un chico de producción me ofrece un café pero prefiero tomar agua porque no es momento para ponerse nerviosa. Me dice que espere un poco y que enseguida pasaré al estudio, pero apenas tengo tiempo para acomodarme cuando se abre la puerta y una voz me invita a entrar. "Dolores, qué ganas tenía de tenerte aquí. Entra. ¡Mira, voy vestida de ti!". Me ruborizo, solo un poco, pero agradezco el detalle. Me gusta la radio, me permite jugar con la voz y a la vez mantener cierto anonimato. La entrevista transcurre con normalidad y aprecio el cariño con el que me trata y habla de mi firma y mi historia, la historia de Dolores Promesas. Habla de las tiendas que he abierto y de las que he cerrado, de los premios y de mis clientas VIP, esas que tanto han hecho por Dolores Promesas. Pero se olvida de las clientas anónimas, esas mujeres que día a día se visten y disfrutan con mis prendas. La periodista ha resumido mi trayectoria con cuatro pinceladas, algo que yo no he logrado hacer nunca. Hace que me sienta satisfecha pero... ¿lo estoy?

Con esta pregunta rondando en mi cabeza regreso a casa para pasear a Tula. En el parque veo a niños jugando y a madres charlando cargadas de trastos. Una de ellas me reconoce y se lo comenta a sus amigas. Sonrío y camino hacia el lado contrario. Ya estoy huyendo. Siempre dando la espalda. Entonces vuelvo a pensar en la conversación que he tenido con Pepa sobre mi madre y decido llamarla. A Pepa. Cuelgo enseguida porque sé que no es a ella a quien tengo que llamar. Entonces me armo de valor y marco su número pero el teléfono está apagado o fuera de cobertura. En el fondo siento una sensación de alivio porque una voz en mi interior me dice que algo no va bien.

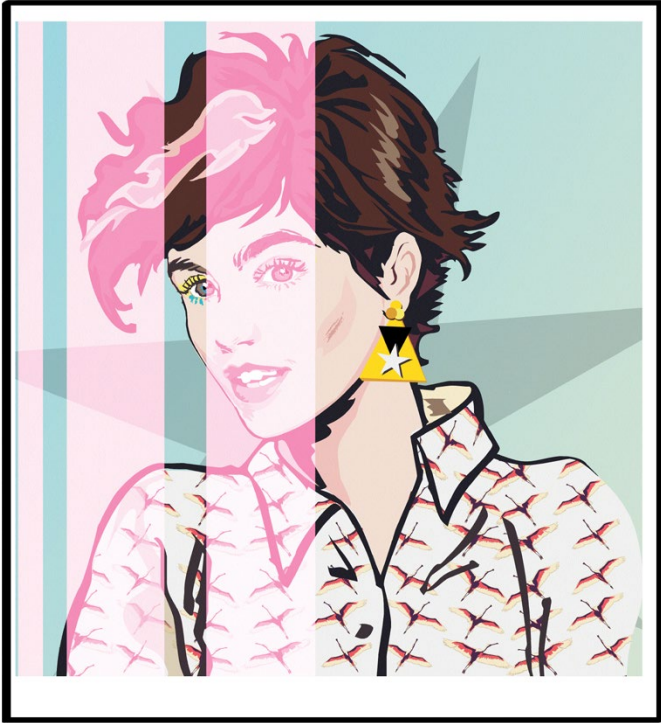
En casa me relajo. Mi hogar es mi refugio, mi cueva. Aquí me encierro cuando quiero olvidarme del mundo. Adoro tumbarme en el sofá con Trini mientras Tula se estira en la alfombra. Hace una noche preciosa y salgo a la terraza. "¿De verdad lo tengo todo?", me digo y miro al cielo en busca de una respuesta. En ese momento pasa una estrella fugaz y siento un escalofrío. "Quizá me falte algo", digo en voz alta, y Tula me mira extrañada. Trini no se inmuta. Nos vamos a la cama, cada una a la suya. ¡A veces pienso que en esta casa somos demasiadas chicas!

Me cuesta dormir y me desvelo continuamente, mezclo recuerdos con sueños raros, y en uno de ellos aparece mi madre pero no entiendo qué me quiere decir. Todavía aturdida me levanto y me pongo en marcha. Cojo el teléfono pero me entretengo leyendo mensajes. Mi madre no me ha devuelto la llamada pero me olvido de ella cuando escucho un audio de mi chico.

Mi chico, qué bien suenan estas dos palabras. Tula, que es muy espabilada, levanta las orejas porque sabe que algo se está cocinando, y no es precisamente un guiso de ternera.

Bruno me envía un mensaje para invitarme a la inauguración de la exposición de su amiga Stella. Me apetece socializar porque llevo varias semanas encerrada en casa preparando el aniversario y necesito airear mi cabeza. Trabajo todo el día desde casa. Contesto correos, atiendo a una periodista por teléfono y tras zamparme un plato de pasta me siento en la mesa a dibujar. Pierdo la noción del tiempo haciendo estampados y mezclando colores. Tula tiene hambre y quiere pasear. Así que me activo en seguida y damos una vuelta juntas. Me regalo una buena ducha y abro el armario. Todos los vestidos me chillan. Todos quieren salir también esta noche. Para que no haya malos rollos opto por un sastre y una blusa con lazada en el cuello, un icono de la casa que nunca falta en mis colecciones.

Nada más entrar en la galería Bruno me coge de una mano, me pone una copa de vino en la otra y me presenta a todos los invitados. "Ya solo me falta conocer a la artista", le digo cuando terminamos de saludar. "Pues solo tienes que girarte", oigo que dicen a mis espaldas Hago caso y veo a una chica muy atractiva, con un aire sofisticado y elegante. Tiene unas cejas grandes enmarcadas por un perfecto corte de pelo en el que destaca un rebelde mechón de color. De repente me llama la atención lo que lleva puesto. "Me suena mucho esa camisa", le digo torpemente. "Me la dio mi madre", responde. "Ella nunca se la ponía, ¿no es para nada su estilo!". Me quedo un poco mosca porque he reconocido la camisa de pájaros al instante. ¡Pero no es posible! Es un prototipo que nunca se llegó a vender, es el mismo que regalé a mi madre. Mi estupor da paso al cabreo y enseguida imagino a mi madre cambiando mi camisa por otra prenda en una tienda de segunda mano.



Stella se ofrece a hacerme una visita guiada por la exposición. Me gusta tanto como ella. Su obra tiene fuerza y me impresionan la intensidad de sus brochazos y la intensidad del color.

“Enhorabuena, Stella, es fascinante”, le digo. “Gracias, Dolores, no sabes cuánto te lo agradezco. Y por favor, llámame Estrella, ¡Stella es mi nombre artístico!”, me responde mirándome a los ojos y cogiendo mis manos.

Algo se activa en mi interior y se produce un momento muy especial que me incomoda y me gusta a la vez. No quiero que me suelte. Pero lo hace. Se va, saluda y atiende a sus invitados mientras yo la observo como bebe, como ríe... Me tiene hipnotizada. Acabo de conocerla pero siento esa extraña sensación de que la conozco de toda la vida. Y luego está la camisa. Esa camisa.

Bruno vuelve a coger mi mano y me lleva a la barra. Yo me dejo llevar.
Demasiado.

El despertador del móvil me taladra el cerebro. ¡Qué resaca tengo! Me la merezco porque tomé dos o tres vinos; bueno, quizá fueron algunos más. Y además no probé bocado en toda la noche. Una noche que ahora intento reconstruir con recuerdos vagos e imágenes borrosas.

Tomo un desayuno reparador, con café y tostadas, me pongo un vestido camisero y me echo unas gotitas de mi nuevo perfume. Ya lo decía Coco Chanel, "Una mujer sin perfume es una mujer sin futuro".

Otra frase que me gusta mucho de ella es "La moda no existe solo en los vestidos; la moda está en el cielo, en la calle, la moda tiene que ver con las ideas, la forma en que vivimos, lo que está sucediendo". Así que salgo de casa con energía positiva en busca de inspiración. Quiero meterme de lleno en la nueva colección y aunque tengo bastante claro cómo va a ser necesito un poco de ayuda de mis amigas las musas. Esas petardas que nunca están cuando las necesitas.

Tula viene conmigo. Está preciosa con su nuevo collar y su nueva correa. Son prototipos de una línea para mascotas que tengo previsto lanzar, pero ella, como no, lo estrena todo en exclusiva. Tula posa mejor que yo, así que le hago una foto divina y la subo a mis redes. El éxito es instantáneo. ¡Tula es lo más!

Compro varias revistas y me siento en un banco al sol. En una de ellas hay una reseña de la exposición de Estrella. De nuevo pienso en su camisa y en que tengo que llamar a mi madre y en que soy una mala hija y en que no tengo remedio y en que Pepa tiene razón... Entonces suena el teléfono.

Es Bruno, y mentalmente le doy las gracias por la llamada porque me estaba rayando. Me cuenta que una revista quiere fotografiar en exclusiva la nueva colección y que la estilista va a llamarme para organizar la sesión.

De pronto lo veo claro: ¡hay que hacer las fotografías en la galería de Estrella! Veo mis prendas y encuentro paralelismos con sus cuadros. "¡Bruno, tenemos que convencerla de hacer la editorial allí!", le digo. Bruno suspira y me cuelga. ¡Sé que lo va a conseguir!

Al rato me arrepiento porque no conozco a Estrella lo suficiente. ¿Me habré precipitado? De nuevo llama Bruno pero me dice que la estilista está entusiasmada con la idea. Estoy tan sorprendida como asustada. También estoy intrigada y decido que tengo que saber más de ella, así que decido espiarla. Necesito conocerla mejor y resolver 'el misterio de la camisa'. Me río porque parece el título de una película. Voy a casa y me pongo un trench, un pañuelo estampado en la cabeza y gafas de sol muy oscuras. El look me recuerda a Audrey Hepburn en Charada. Voy directa a la galería pero entro en la cafetería que está justo enfrente. Pillo la mejor mesa, junto al cristal, porque desde allí puedo ver casi todo lo que ocurre en la galería. Nada me detiene. Pido un café americano y espero mientras disimulo con el móvil.

Observo a Estrella mientras habla con una clienta y después la acompaña hasta la puerta. Se despiden de forma cariñosa y entonces veo el cartel de la galería. Se llama Stella Perano. ¿Perano? Será su apellido verdadero. Anoto todo en mi agenda mental y de repente veo que me está mirando fijamente un tanto descolocada. Mi disfraz no es tan bueno como yo pensaba. Stella, digo Estrella, vine viene directa hacia mí. ¡Ay, que poco futuro tengo como detective privada!

“Pero Dolores, ¿qué haces aquí? ¿De qué vas vestida? ¿Me estás espiando?”, me dice antes de soltar una sonora carcajada. Ante la evidencia me quito el pañuelo y las gafas de sol. “Solo un poco”, le digo. Ella me mira fijamente y se pone seria. “¡Eres muy fuerte, Dolores!, perdón, ¡detective Dolores Promesas!”, me suelta y vuelve a reír. No me queda otra y me sumo a su carcajada.

Pedimos un té para ella y otro café para mí y nos los llevamos a galería. Me dice que me ponga cómoda y mientras hace una llamada recorro el lugar. Es acogedor y está marcado por las geometrías y los tonos suaves que contrastan con pinceladas de tonos más fuertes. Me siento en un pequeño sofá tapizado con terciopelo en tono rosa empolvado y apoyo las bebidas sobre una mesa pequeña de mármol blanco. Estrella se sienta a mi lado. Yo no sé qué decir porque no pensaba toparme con ella y no tenía nada preparado pero por suerte es ella la que rompe el hielo. “No sabes lo feliz que me hace tenerte aquí. Bruno me ha hablado mucho de ti”, me dice. Pongo cara de sorpresa y anoto en mi agenda mental que tengo que tener una seria charla con mi ayudante.



“Sé que sientes mucha curiosidad por la camisa que llevaba en la inauguración. Como te dije me la regaló mi madre. Ella apenas se la ponía pero recuerdo que la sorprendí varias veces acariciándola y oliéndola. Era una camisa especial para ella y me la entregó cuando se fue de casa”. Entonces Estrella me resume su vida. Su padre es italiano y vive en Roma, allí tiene una tienda de antigüedades y por su profesión viaja constantemente. “Precisamente en uno de sus viajes conoció a mi madre. Fue en Barcelona, y mantuvieron un breve pero intenso romance del que nací yo. Vivimos en distintos lugares, movidos por el ansia de libertad de mamá pero también por el trabajo de papá: Roma, Londres, París... Yo, aconsejada por él, hice Bellas Artes e Historia y luego me vine a Madrid. No quería huir pero sí sentía la necesidad de encontrar mi propio camino. Sentía que me faltaba algo, esa pieza extraviada que necesitas para completar el puzle de tu vida. ¡Mi madre a veces me resultaba una perfecta desconocida!”.

Su historia retumba en mi cabeza. De pronto me siento muy identificada con ella y me apetece abrazarla. Pero me lo impiden los lametones de un perrito encantador que me ha dejado los tobillos empapados. Estrella me cuenta que lo tiene en acogida y se lamenta de no poder tener mascota porque viaja mucho. Es una mujer comprometida con la naturaleza y está muy involucrada en proyectos sociales. Me extraña el giro que ha dado la conversación. Es un retroceso, como si no quisiera contarme más de su vida. Me pongo a la defensiva cuando me dice que me nota tensa y miento diciendo que tengo mucho trabajo y debo marcharme. Insiste en llevarme a casa, pero le digo que prefiero caminar. Con una sonrisa me deja claro que ha entendido que quiero estar sola. "Dolores, tenemos que quedar un día de estos. Tengo muchas cosas que contarte", me dice antes de despedirme con un fuerte abrazo.

Vago sin rumbo, dando vueltas a todo lo que me ha contado. Me siento reflejada en algunos aspectos de su vida: las dos hemos crecido sin nuestra madre en casa, las dos somos mujeres independientes y aunque hemos llevado caminos distintos nos encontramos en una situación muy similar. Ella es más pequeña que yo pero me asombran su madurez y su compromiso con distintas causas benéficas. También me gusta su carácter, ese que tienen las mujeres que se han logrado abrir paso en un mundo de hombres.

Llego a casa y suena el teléfono. Es mi padre. Se me encoge el corazón porque nunca me llama y siempre soy yo la que tiene que hacerlo para saber de él. Me pide que vaya a Málaga y nada más colgar compro un billete de ida. El viaje se me hace eterno. Apago el móvil y me dejo vencer por el sueño.

Me gusta volver a Andalucía, un lugar que adoro pero que tiene para mí un recuerdo agrisado. Es mi tierra, mi cuna, pero también la de Dolores. Mi otro yo. Recuerdo con nostalgia mi infancia en el pueblo. Fui una niña feliz, querida y mimada por mi padre y mi abuela. A ella le debo todo, ¡hasta mi nombre! Siempre tengo presente el momento en el que me puso una flor en el pelo tras el drástico corte que me hizo Matías en Madrid. También me ayudó, y mucho, cuando decidí salir de casa y ahora suena en mi cabeza aquella frase que me dijo antes de irme: "De tu padre me encargo yo".

Mi padre es un hombre bueno, y cariñoso a su manera. Me cuidó cuando mi madre, atrapada en una estructura familiar que nunca deseó, decidió seguir su camino y voló dejando el nido. No guardo rencor pero sí cierta sensación de vacío, aunque mi abuela y mi padre supieron llenar con creces el hueco que ella dejó. Hace meses que no veo a mi padre. A él no le gusta estar en Madrid y yo bajo al pueblo menos de lo que debiera. Pero siento que me necesita, me he dado cuenta nada más verlo en la estación. El corazón se me ha subido a la garganta cuando me ha abrazado. Lo ha hecho tan fuerte que me ha transportado a mi niñez. "Qué guapa estás, niña". Niña, mi otro nombre. Así me llamaba también mi abuela.

El ladrido de un perro me ha hecho volver a la realidad. "¿Y esta cosa tan bonita quién es?", le digo. "Esta es Canela, y vive con nosotros". Ese 'nosotros' me ha hecho fijarme en el chico que sujetaba la correa. "Pero niña", dice mi padre. "¿No te acuerdas de tu primo Manolín?". "Pues... no caigo, papá", le digo con cara de tonta. "Pasaba los veranos con nosotros en Cádiz. ¡No me digas que lo has olvidado!", me suelta. Ahora sí busco la mirada de Manolín por el retrovisor y me fijo en el verde sus ojos profundos como el mar.

Un mar de recuerdos en el que me sumerjo hasta que lo encuentro. "Te recuerdo jugando con los animales, siempre estabas rodeado de perros y gatos, o cuidando de los conejos", le digo. "Y lo sigue haciendo", suelta mi padre. "Es el veterinario del pueblo, ¡y ahora le llaman don Manuel!". Me relajo por completo en el asiento trasero junto a Canela y me dejo llevar por la música que sale de la radio.

Un ladrido me despierta y me anuncia que hemos llegado. "Vamos, niña", me dice con la maleta en la mano mientras Canela sale escopetada. Antes de que me dé cuenta estoy sentada a la mesa y los olores y sabores me transportan a mi infancia. "¡Esto es justo lo que necesitaba!", pienso. Mi padre no me aguanta la mirada, yo quiero estar a solas con él pero no veo el momento.

Subo al cuarto que me han preparado y siento que viajo en el tiempo. Acaricio las cortinas, el palanganero con su toalla blanca bordada, la colcha de colores de ganchillo y las fotografías enmarcadas.

Abro la maleta y veo que mi ropa no encaja en ese lugar porque es demasiado sofisticada. En el armario encuentro una antigua chaqueta de punto, es tan suave que no puedo resistir el impulso de ponérmela. Me tumbo en la cama y el sueño vuelve a adueñarse de mí.

Una vez más es Canela la que me despierta. Me está lamiendo una mano cuando entra mi padre. "¿Cómo está mi niña?, me dice. "Atontada, papá, ¡creo que he dormido demasiado!". Se sienta a mi lado en la cama y me empieza a hablar de mamá. Escucho primero con atención y luego con pena. Pero la tristeza que me ha rajado el corazón deja paso a la rabia y me enfado conmigo misma por no haberla llamado antes. "Ahora, levántate. Te espero abajo", dice sin levantar la vista del suelo. Sale seguido por Canela y me quedo un rato en la cama con los ojos encharcados, acariciando la chaqueta y mirando las fotografías. En una estoy con mi abuela Dolores. "Cuánto te echo de menos, abuela", digo en alto. Canela asoma el hocico por la puerta entreabierta. Ella también me está esperando. Salimos de la casa y caminamos hasta la playa.

Mi padre se detiene y me señala la orilla. Veo la silueta de una mujer que tardo en reconocer. Entonces me estremezco. "Te está esperando", dice mi padre. Con los ojos mojados me adentro en la arena pero me detengo cuando oigo que alguien me llama. Me giro y veo a Estrella. "Acabo de llegar. He intentado contártelo pero no sabía cómo hacerlo. Pero ahora que estamos aquí podemos enfrentarnos a esto juntas", me dice. ¡Es entonces cuando lo comprendo todo!



Ha pasado una semana y estoy con Estrella en su galería haciendo las fotos para la revista. La estilista me propone que pose con ella. "¡Claro, es mi hermana!", le digo con entusiasmo. Enfrente, tras el cristal de la cafetería, una madre orgullosa y emocionada observa la escena. Lleva puesta su camisa, nuestra camisa.

Mamá está enferma y necesita que la cuiden. Papá ha hecho lo que ha podido pero ya no tiene la fuerza de antes. Por eso Estrella y yo decidimos traerla a Madrid. Así nos sería más fácil atenderla y además queremos recuperar esa parte de nuestras vidas que a veces siento que nos fue arrebatada. No es momento de reproches ni lamentos. Ahora toca recomponer el puzle. Resulta raro pasar de estar sola a tener una familia. Rara, pero familia.

Una familia que crece cada día y que hoy me acompaña en la presentación de la nueva colección en la galería Stella Perano. Pepa ha venido con Gloria y no para de hablar con Estrella. Matías y Bruno me ayudan con los invitados y la prensa, Tula se ha adueñado del sofá y ha hecho buenas migas con Nico, el perro de Estrella. Todo parece estar en perfecta armonía hasta que entra él. "Podrías haber dicho que venías", le digo. "Quería darte una sorpresa", me responde antes de besarme torpemente. Me pongo roja como un tomate mientras siento las miradas de 'mi familia' clavadas en la nuca.

Pepa deja a Gloria con Matías y viene directa. "¿Y este quién es?", me dice con cara de sorpresa. "Este, este es... Te lo iba a contar el otro día cuando quedamos, pero no me diste la oportunidad porque enseguida te pusiste a hablar sobre mi madre. Te lo contaré mañana todo. Te lo prometo". Y Pepa se parte de risa y me suelta: "Te lo prometo, te lo prometo, te lo prometo... No cambias, amiga, y eso es lo que me gusta de ti. ¡No cambies, Dolores Promesas!".